



¿DERECHO A LA PEREZA?



Desidia, apatía, holgazanería, gandulería... son, entre otros, los nombres que recibe ese estado de inapetencia más o menos generalizada en que una gran parte de nosotros caemos, por ejemplo, después de un periodo vacacional. Desde las desganadas puntuales ante tareas obligatorias hasta la absoluta apatía que acompaña una enfermedad mental como la depresión, la pereza se manifiesta de distintas maneras, no todas ellas consideradas negativamente. Así, para algunos la pereza es un derecho fundamental; para otros un grave error de comportamiento, un síntoma de una anomalía psicológica e incluso un pecado; para casi todos es un estado anímico al que irremediamente nos tenemos que enfrentar. Sobre la pereza se ha escrito y dicho mucho, repasamos aquí algunas de estas ideas: elija Vd. la que más le convenza o convenga.

DE LA PEREZA PATOLÓGICA AL PECADO CAPITAL.

Ya decía **Aristóteles** que todas las acciones del hombre se encaminaban a procurar(se) un bien. La **biología** ha afirmado algo semejante: todos los seres vivos tienden a no malgastar energías si no hay un beneficio, que no tiene por qué ser seguro e inmediato (puede ser algo probable o que se obtendrá en un futuro, por ejemplo, perseguir una presa para comer). Estas ideas nos llevarían a identificar las tareas que producen pereza con aquellas que no nos reportan suficiente beneficio. El problema aquí sería la vaguedad del concepto "beneficio": Juana puede identificar como beneficioso (e incluso placentero) resolver uno tras otro problemas matemáticos, mientras que Andrés encuentra de lo más benéfico contemplar una tras otras películas de Bruce Lee. Además, esta concepción excluye un amplio abanico de actividades humanas cuya bondad, sino directamente utilidad, es más que dudosa, como resolver crucigramas, esnifar cocaína o arrastrarse de tienda en tienda comprando cinturones, teléfonos móviles y pantalones, por citar algunos ejemplos variopintos. Por otra parte, determinados comportamientos se premian socialmente por considerarse beneficiosos, aunque su bondad no resista un mínimo análisis racional (por ejemplo, la ablación del clítoris en algunas culturas africanas o la cirugía estética en lares más próximos). Por todo ello, no resulta tan fácil afirmar que nos da pereza aquello que consideramos poco beneficioso o útil.

Un caso particular de pereza, muy frecuente, es la **procrastinación**. El tecnicismo alude al reconocidísimo fenómeno de aplazar una tarea que se considera desagradable. Para la **psicología**, especialmente para la rama cognitivo-conductual, este comportamiento puede ser síntoma de un problema más profundo. En determinados casos patológicos, ese comportamiento manifiesta la evitación de una labor que nos da miedo. Un caso claro sería el aplazamiento de tareas que se perciben cargadas de frustración o ansiedad. Por ejemplo, un estudiante que arrastra una trayectoria de malas calificaciones en

matemáticas puede aplazar la realización de las tareas de esta materia, ya que teme fracasar sintiéndose por ello más torpe que el resto de sus compañeros. Este tipo de pereza se da con más facilidad si la estima propia anda por los suelos o si uno es tan perfeccionista que el resultado real de la tarea jamás alcanzará la meta que idealmente nos imponemos. En los casos más extremos, esta forma de



Voltaire (1694-1778)

evitar la realidad a través de una pereza incontrolable puede ser síntoma de problemas serios, como una depresión en ciernes. En un sentido diferente, pero no tan lejano, ya nos decía **Voltaire** en su *Cándido*: "Trabajemos pues sin argumentar, que es el medio único de que sea la vida tolerable".

Ahora bien, podemos dejar atrás estos alarmismos, pensando que la pereza resulta tan común que contra ella no sólo ha sido necesario armar la sabiduría popular ("No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy"), sino que además la **Iglesia Católica** sintió la necesidad de atribuirle tal grado de maldad que puede llevarte la Infierno. Sobre la generalización de la pereza piense que los mismos profesores que día tras día le advierten contra SU pereza, son con mucha probabilidad ellos mismos unos perezosos irremediables que postergan hasta el último momento la corrección de exámenes, la redacción de papeleo burocrático y la presentación de sus declaraciones de Hacienda.

¿Cómo, entonces, un comportamiento tan generalizado y al parecer tan difícil de erradicar va a ser exclusivamente un mal que la humanidad debe combatir? **La pereza cuenta con detractores, pero también con insignes defensores y practicantes. Si le interesa conocer alguno de ellos, puede seguir leyendo, Si no lo da pereza, claro.**

APOLOGÍA DE LA PEREZA: DE LA CREATIVIDAD DEL VAGO AL DERECHO A NO TRABAJAR.



La cultura occidental avanza desde hace tiempo por la vía de la meritocracia y el esfuerzo. El prejuicio dicta que el éxito sólo se alcanza con esfuerzo y si no lo has alcanzado aún es... porque no te has esforzado lo suficiente. Lo cierto es que siguiendo a

pies juntillas tales ideas se puede conseguir que éxito y herna sean palabras sinónimas. Contra el sobreesfuerzo ya nos advierte el *adagio* popular "acabarás siendo el muerto más rico del cementerio". Un insigne perezoso (tanto que jamás logró comenzar los estudios universitarios, aunque término acumulando doctorados *honoris causa*) dejó dicho que el éxito en la vida se compone de un 33% de ocio, otro 33% de mantener la boca cerrada, y el resto de trabajo. Y de este modo, poco trabajo y mucho relax, parió **Albert Einstein** la teoría de la relatividad. Pero la fama de perezoso no sólo recae sobre el celeberrimo físico alemán. **Albert Camus, Thomas Edison, Joan Miró**, entre otros muchos, comparten tal honor. De **Réné Descartes**, padre de la duda metódica, la ciencia moderna y las matemáticas cartesianas, la rumorología afirma que descubrió el sistema de coordenadas que lleva su nombre contemplando desde la cama el vuelo errático de una mosca.

Siempre habrá la voz sensata que argumente que la pereza es sólo beneficiosa para mentes tan por encima de lo normal. Sin embargo, hay quienes afirman justamente lo contrario: sólo un cuerpo descansado y una mente relajada puede alcanzar hallazgos de valor. En otras palabras, un cierto grado de pereza y bienestar es condición necesaria para la idea genial, mientras que la caterva de esforzados sólo podrá, como el burro en la noria, dar vueltas en torno a las mismas ideas tópicas (tal es el parecer de, por ejemplo, **Ernie J. Zelinski**). Tal proposición consolará a unos, parecerá a otros una simple ingeniosidad y escandalizará a los más. Ese escándalo quizá nazca de que no resulta fácil pensar a contrapelo de los prejuicios dominantes antedichos. Para **Max Weber** el prejuicio que asocia trabajo o esfuerzo a éxito automático nace del **protestantismo**. Por más que el catolicismo describa la pereza como un pecado capital, también consigna el trabajo como la maldición divina con que Jehová expulsa al hombre del Paraíso (¡ojo! sólo al varón, a la mujer Dios le reserva los dulzores del parto con dolor). Sin embargo, el protestantismo al deshacerse del concepto de pecado previamente pactado con Dios, de la práctica de la confesión y de la interpretación dogmática de las Sagradas Escrituras, dejó a sus seguidores sin un modo fiable de saber si sus acciones les llevarían al Paraíso o al Infierno. Desprovistos de guía celestial, los protestantes comenzaron a interpretar el éxito terrenal (especialmente en los negocios) como señal más o menos equívoca de su destino de ultratumba. El amor de los protestantes al salvífico trabajo se generalizó con el triunfo del libre mercado o

capitalismo y henos así inmersos en un no parar. Pero como religiones las hay para todos los gustos, en el extremo opuesto a la espiritualidad laboriosa del protestantismo se encuentran las muchas religiones orientales en que la salvación individual depende de la práctica meditativa o contemplativa, como en el **budismo**. La meditación consiste precisamente en eso: cesar de toda actividad, no sólo física, sino también mental y emocional. Sentado en la posición de la flor de loto, vaciando su mente de ideas, su corazón de sentimientos y sin apenas necesidad de comer, el príncipe indio **Siddharta** alcanzó la iluminación (algo así como la paz absoluta, el cielo en la tierra del budismo) y se convirtió en **Buda**. Ya me dirán si la salvación a través de la más absoluta falta de acción es o no es el colmo de la pereza.



Lafargue hacia 1871

Arribamos finalmente al más completo, documentado, serio y eficaz defensor de la pereza: **Paul Lafargue**. Yerno de Marx, Lafargue consideraba que toda la defensa moral, psicológica y religiosa del trabajo estaba al servicio de intereses políticos y económicos muy concretos. En el seno del capitalismo, la clase dominante extrae su enorme poder económico y privilegios políticos de la explotación de los trabajadores. Esta explotación de una clase por otra está tan generalizada que se da por natural, es decir, se considera que no es fruto de la historia (y por tanto modificable), sino que es la propia forma en que naturalmente se organiza el mundo. Todo trabajador siente de forma espontánea, en un momento u otro, que su trabajo es absurdo en la medida en que beneficia fundamentalmente a otros. La pereza que acompaña a este sentimiento no sólo es razonable, sino también una fuerza revolucionaria de primer orden. Para Lafargue, pues, lo verdaderamente irracional e inhumano es el trabajo, no la pereza. Como las clases dominantes esperan, sin embargo, que ese sistema de trabajo que los beneficia se perpetúe, no cejan de difundir a través de todos los medios a su disposición (periódicos, libros, parlamentos, púlpitos, aulas, etc.), el discurso de sometimiento: aquel que afirma que el trabajo es una virtud cuya máxima expresión sería la declaración del derecho al trabajo. Tal derecho, afirma Lafargue, no es más que una maniobra sarcástica de la clase dominante para ocultar la verdadera naturaleza del trabajo: su dolorosa y odiosa obligatoriedad para la mayor parte de la población. El único derecho reclamable sería, entonces *El derecho a la pereza*, título de la obra más conocida de Lafargue, que se abre con esta cita de **Lessing**: "Seamos perezosos en todas las cosas, excepto al amar (...), excepto al ser perezosos". Y cerramos con ese deseo este artículo, pues suficientemente hemos trabajado ya por hoy.